

Palanca's Guazu



POEMA

DE

H. ZARRILLI

MUSICA DE V. ASCONE

H U M B E R T O Z A R R I L L I

P A R A N Á G U A Z Ú



**PRIMERA ÓPERA NACIONAL
MÚSICA DE VICENTE ASCONE**

1930

MONTEVIDEO

~~~~~

Esta obra fué  
estrenada en el Tea-  
tro Urquiza el 14 de Agosto  
de 1930, por la primera Compañía  
Lírica Uruguaya, bajo la dirección  
artística del señor Abele de  
Angeli; con el repar-  
to siguiente:

|                                        |                                |
|----------------------------------------|--------------------------------|
| Doña Sol (soprano) . . .               | <b>Marina Rodríguez Dutra</b>  |
| Lola (soprano). . . . .                | <b>Lily Morton</b>             |
| Rosario (mezzo soprano).               | <b>Berta Vidal Senra</b>       |
| Carmen (contralto) . . .               | <b>Lola Francheschini</b>      |
| Consuelo (soprano) . . .               | <b>Berta Coca</b>              |
| José Luis (tenor) . . . .              | <b>Abele de Angeli</b>         |
| Don Fernando (bajo) . . .              | <b>Venancio Escobal Vértiz</b> |
| Don Rodrigo (barítono) .               | <b>Arturo Presutti</b>         |
| Adivino (bajo) . . . . .               | <b>Carlos A. Tajés</b>         |
| 1 <sup>er</sup> Cacique (barítono) . . | <b>Francisco Amaturó</b>       |
| 2 <sup>o</sup> » (tenor) . . . . .     | <b>A. de Angeli</b>            |
| 3 <sup>er</sup> » (bajo). . . . .      | <b>E. Vértiz</b>               |
| El Conquistador . . . . .              | <b>Arturo Presutti</b>         |

Indios, conquistadores españoles, criollos, criollas,  
cuerpo de bailes

**Escenografía de Guillermo Laborde**

~~~~~


PARANÁ GUAZÚ

Opera nacional en 4 actos

Poema de HUMBERTO ZARRILLI



En esta obra, los autores han querido representar tres períodos de la historia del Río de la Plata llamado por los indígenas “Paraná Guazú”: la Conquista, la Colonia y el período previo a la Revolución.

En el Primer Acto (Prólogo), la acción se desarrolla en una orilla del Paraná Guazú a principios del Siglo XVI y los restantes, en una ciudad colonial, también edificada sobre este río, a fines del Siglo XVIII.

DECORACION DEL PRIMER ACTO. — (Prólogo)

La escena estará dividida en tres planos o posiciones que corresponden al espíritu de cada uno de los personajes que actuarán en este acto. — Se situará, en uno de ellos, el ambiente que conviene para sugerir el misterio que debe rodear al ADIVINO; en otro de los planos, se situará el ambiente de hostilidad en que actuará el indígena y, en el tercero, la llanura libre, campo propicio al Conquistador.

En un extremo de la escena estará situada la caverna que sirve de morada al ADIVINO, al pie del Arbol Sagrado. — Una viva luz que se filtra a través de grietas invisibles, dará forma y sensación al lugar que conviene a este misterioso personaje.

En el extremo opuesto, sobre un terreno quebrado, propio para emboscarse, aparecerán, creciendo libres en el borde de los barrancos, especies de nuestra floresta espinosa: cinas-cinas, abrojos, cardos, pitas, tunas, talas, etc; flora hostil, como el carácter del hombre primitivo.

A través de esta flora se verá a los indígenas, a excepción de los Caciques y de los danzarinés, que accionarán al pie del Arbol Sagrado.

El último plano, representando la llanura libre, corresponderá a los guerreros españoles.

PRIMER ACTO

(Prólogo)

Al levantarse el telón, el ADIVINO estará como abstraído en una profunda meditación; talvez presiente que algo muy grave, para su raza, está a punto de ocurrir. — La orquesta, en un suave preludio, comentará su silencio, pero luego la delicada música se rompe bruscamente, con sonidos violentos que anuncian la llegada de los guerreros de la tribu, que vienen a consultar al “intermediario de las debilidades”, con el fin de que les explique el significado de ciertas misteriosas visiones que los han impresionado vivamente. — EL ADIVINO, vuelto a la realidad por la llegada de los guerreros, los interroga sobre el objeto que los ha movido a reunirse al pié del Arbol Sagrado que, para los indígenas, hace las veces de templo.

El primero en hablar, un Cacique, le dice que la razón de aquella asamblea no es otra que la de rogarle que les interprete ciertos hechos extraños que han observado en varios lugares de la playa. — Estos hechos extraños ellos los toman como presagios de que su benéfico Dios Tupá, que representa el Día y los fenómenos benéficos para el Hombre, ha sido vencido por Añang, divinidad que representa la Noche y todos los fenómenos contrarios a la conservación del Hombre. (1)

Narra el Cacique cuál ha sido su visión: él ha visto una canoa con alas blancas, en la que viajaban hombres de rostros pálidos, tales como en su imaginación concebían a los Hijos de la Noche, los aliados de Añang. — ¡Era, acaso, un presagio de que Tupá iba a ser vencido por el Dios enemigo?

Un segundo Cacique dice que él, a su vez, ha visto que gigantescas águilas extrañas, cruzaban la línea jamás hollada

(1) Los indígenas de nuestro país, como los de todo pueblo primitivo, imaginaban en perpetua lucha a estos dioses antagónicos y su fé no consistía en otra cosa que en la esperanza de la victoria de los guerreros del Sol y de la Vida, sobre las huestes de la Noche y de la Muerte.

del horizonte, profanando el sitio sagrado por donde cada mañana la benéfica y dorada divinidad, (el sol), aparece sobre las aguas del Paraná Guazú.

He aquí la forma en que el Indio expresa su asombro ante el inesperado descubrimiento. Su lenguaje está lleno de la exageración propia de una mente primitiva, exaltada por el asombro y el terror:

CACIQUE 2.o — (Tenor)

(Señalando el horizonte)

Allí donde su faz
en cada aurora muestra el padre Tupá;
donde el potente Paraná Guazú
a la morada de la luz se une...
Allí en esa línea pura que jamás
pájaro alguno, ni canoa,
a profanar, cortando, se atrevió,
yo ví cruzar, de águilas extrañas,
una inmensa bandada:
grandes eran como tiro de honda
y mucho más...

Un tercer Cacique también ha sorprendido a seres misteriosos, cuyos pasos ha seguido ocultándose entre los matorrales. — Pero los ojos del indio, que por primera vez veían un caballo y un guerrero cubierto de armaduras, creían ver en el soldado español y su cabalgadura, a un solo ser monstruoso, semejante al que las tímidas mujeres y los niños ven en sus pesadillas, cuando el sombrío Añang se apodera de sus sueños, que solo protegen sus débiles tiendas.

He aquí como este indio describe su descubrimiento, con imágenes propias a su estado anímico:

CACIQUE 3.o — (Barítono)

Yo sorprendí a seres misteriosos,
los que anuncian el mal.
Como esos sueños eran
que a niños y a mujeres
envía por las noches el maléfico Añang
Mitad guerreros, parecían,

y mitad venados gigantescos;
tenían pecho de luna
y cabeza de sol.
Y a veces resoplaban, por la boca animal,
lo mismo que el pampero en el juncal.
Al verlos avanzar,
la tierra palpitaba
igual que un corazón estremecido...

Luego los guerreros, a coro, preguntan a su vez al Adivino, si es que, al fin, su Dios ha sido vencido. Este astuto personaje más inteligente que el resto de los hombres de su tribu, comprende que un peligro real los amenaza, pero no queriendo desanimar a sus fieles, finge creer con ellos que no se trata de seres reales, sino de fantasmas, de sombras, que el más leve resplandor disipa.—Y el Adivino, queriendo, al mismo tiempo que infundirles coraje, mantener sus prestigios, resta valor a las visiones que han conmovido a los guerreros y les recuerda que Tupá, aunque se ausente del mundo con la llegada de la noche, no está por ello vencido, y puede aparecer en cualquier lugar donde él lo invoque, gracias a la llama que le ha sido confiada por el Dios.

El Adivino, pues, se dice representante de Tupá y puede hacer surgir una hoguera en medio de la noche, como un “pedazo de día”, que ahuyentará a las engañosas armas enemigas, que sólo están forjadas de sombra.

He aquí algunos de los versos que canta el Adivino:

EL ADIVINO. — (Bajo)

Las del Dios enemigo
armas son engañosas
y de sombras forjadas.
No a guerreros espantan
ni al invencible Dios de las auroras.
En el sagrado espacio,
donde el río del agua
y el de la luz se une,
florece ya la ceiba del ocaso...
Es la hora en que Añang
recorre el mundo.

(Al oír pronunciar el nombre del enemigo, (Añang), el coro se sentirá recorrido por un estremecimiento de terror supersticioso; pero en vez de ser expresado por voces, será comentado por la orquesta.)

Al notarlo, el Adivino los reconforta cantándoles los siguientes versos:

Ausente está Tupá
mas no vencido;
él revive en la llama
que a mi confiada ha sido,
en la hoguera triunfal
que la fe de la tribu
y el valor del guerrero animará.

Cuando el Adivino termina de cantar, brillará el fuego de una hoguera encendida como por arte de encantamiento y los indios, ebrios de superstición y de furor bélico, inician una frenética danza en torno de las llamas.

Desde la misteriosa caverna ante la cual se hallan reunidos, surgirá una vivísima luz que hará que la sombra que proyecta el Adivino adquiera enormes proporciones y se eleve sobre los salvajes como un símbolo de protección.

Veladamente, en la orquesta animada por las notas salvajes de la danza, comienzan a percibirse sonidos de bronces y de aceros; algo así como el lejano rumor del paso de una tropa que se acerca...

Este rumor confuso e insólito, lo nota solo el Adivino, que desaparece, de pronto, de la escena y, con él, la sombra protectora de los indios.

Tras la desaparición del hechicero, una vívida luz espectral baña la escena y causa impresión a los salvajes, impresión que se hace más honda cuando advierten la ausencia del Adivino y de la sombra protectora. Cesan en su danza. Sobre sus cabezas pasa un viento silencioso, que conmueve más que la tempestad. Del bosque cercano llega un clamor nunca oído. Bajo el hosco cielo negro, vuelan, en círculos, las aves agoreras. El terror de los pueblos sorprendidos por las grandes catástrofes, se apodera de ellos. Presienten que otra raza supe-

rior va a presentarles lucha y a vencerlos, y de sus gargantas se escapan imploraciones y gritos que ninguna divinidad escucha. En vano corren, convulsos, por la escena buscando al Adivino, esperando de su Dios una revelación salvadora. El fuego de la hoguera se ha ido extinguendo, poco a poco, y sólo alumbra la escena una luz fantasmal.

Los indios cantan, ahora, con voz glisada, casi en aullidos:

BARITONO.—Tiembla la tierra
y se estremece el cielo!

BAJO.—Esta luz es más triste que la obscuridad

CORO.—¿Dónde está el Adivino?
Tupá, ayúdanos Tupá.

BARITONO.—La Noche envía los guerreros del Mal.
Han vencido a Tupá.

CORO.—¡Han vencido a Tupá!

BAJO.—Siento mover el aire
por agoreras aves.

CORO.—¿Qué será de nosotros?
¡Adivino! ¡Adivino!

TENOR.—La llama se apaga,
todo muere...

BARITONO.—Ya nunca más el Sol azulará las aguas...

BAJO.—Será eterna esta noche,
ya no habrá más aurora.

CORO.—Será eterna esta noche,
ya no habrá más aurora!...

Este último grito es casi profético. Se diría que los indios han adivinado que se acerca la hora de la total destrucción de su raza, después de tres siglos de heroica lucha!

Entre tanto, el clamor confuso va concretándose, cada vez más, hasta condensarse en un sonido de trompa guerrera, que

repiten los ecos de la selva, unido a las voces de un coro interno. Son los españoles que llegan, cantando un himno de conquista.

Los indios se emboscan y asisten, desde la espesura, a la llegada de los intrusos, que irrumpen por el foro, es decir, por el plano escénico que representa la llanura, ondulada y libre, campo propicio para excitar la codicia de las razas fuertes y valerosas.

Los españoles, con sus brillantes armaduras, animan la escena. Salvo las primeras figuras, las demás no se verán a plena luz; con el fin de “sugerir”, más que “decir”; un juego de luces apropiado hará que sólo se subraye el perfil de las armaduras.

Los españoles toman posesión de la tierra conquistada, clavando en ella el estandarte de Castilla, mientras entonan un himno de victoria:

CORO.—¡Salve, oh estandarte invicto
de Castilla y de León;
a tus pies se acortó el mar
y la tierra se ensanchó!

¡Allí donde te despliegas
a sus hijos ve la gloria.
A mil tierras ignoradas
bautizaron tus victorias!

BARITONO.—Desplégate siempre, en montes y mares
que sea tu divisa un audaz más allá,
y antes que tú te canses de dominar al mundo
de nombrarte la gloria talvez se cansará!

Apenas el Capitán español, (barítono), termina de cantar, una certera flecha, disparada desde la espesura, lo hiere mortalmente. Al ver caer a su jefe, hay un movimiento de estupor en las filas de los conquistadores. Los que están junto al caído, se inclinan y al comprobar que ha muerto, se hacen en silencio la señal de la cruz. Los que están agrupados en la pendiente de la colina, aprestan sus lanzas.

La orquesta comenta la salvaje alegría de los indios emboscados en la espesura y la ira incontenible de los españoles, expresando el choque entre ambas razas, y cae el telón.

SEGUNDO ACTO

La escena representa el patio de la casa del Gobernador, en una ciudad edificada junto al Río de la Plata. En el centro del patio se eleva una palmera, cargada de frutos.

A través de la gran reja del fondo, a la que se enredan las madreselvas y el jazmín del país, se divisan la playa y el río.

Muros fuertes y blancos; rejas rectas, arcadas, macetas y todo aquello que evoque la arquitectura colonial.

ESCENA I

Cuatro jóvenes damas españolas, Lola, Carmen, Rosario y Consuelo, pertenecientes al séquito de Doña Sol, la hija del Gobernador, cosiendo unas, arreglando las plantas, otras, conversan entre ellas sobre un tema que les es familiar: la nostalgia de la patria lejana.

Lola se queja del triste exilio en que viven, el cual, rara vez, es alegrado por el arribo de algún galeón español. Mira largamente el horizonte marino, a través de la reja, y luego exclama, en un triste canto:

LOLA.—Siempre el río desierto,
vacio el horizonte,
como mi corazón desesperado...

Su compañera, Carmen, se lamenta, a su vez, de la vida que llevan, erizada de peligros, pues los salvajes no dan tregua a su desesperado afán de reconquistar la tierra que era de ellos. Los varones están siempre fuera de las casas, batiendo a los indígenas y ese alejamiento hace, aún, más fastidiosa la pequeña vida colonial.

Consuelo evoca el paisaje de su valle nativo, cuya aterciopelada vega riegan las corrientes aguas, para hacerla más fresca y musical.

Rosario se hace eco de la queja de Consuelo, pensando que el día que dejaron a España, perdieron todo, patria y cantares, madre y amigos. Piensa que nunca volverá a ver las

montañas azules de su tierra; que su existencia se deslizará en los monótonos días del destierro y siente desfallecer su corazón, comprendiendo que debe temer más a la Vida, que a la Muerte.

Cuando las demás escuchan de labios de Rosario la terrible verdad de su destino, se acercan las unas a las otras, como buscando mutuo apoyo y tal como cuadra a femeninas almas españolas, embellecen su pena cantando y en esta copla ahondan sus suspiros:

CORO.—Cielo que vi el primero
un poco más azul
que los otros cielos...
Flores de mis amores
¡ay! más perfumadas
que las otras flores.

LOLA.—Volver a ver los montes,
los ríos de mi tierra...

CARMEN.—El templo de mi aldea
donde está cerca Dios...

CORO.—Quien tiene la patria ausente,
presente tiene su pena...

ESCENA II

(Dichas y Doña Sol)

Al ver aparecer a Doña Sol, dejan de cantar y van a su encuentro.

DOÑA SOL.—Seguid cantando, amigas mías
que vuestra dulce voz
me agrada tanto...

LOLA —Nuestro canto, Señora,
es nostálgico
y mas que una canción
parece llanto.

DOÑA SOL.—¿Llanto decís? No entiendo.

CARMEN.—Nadie entiende, Señora, los ajenos pesares.

ROSARIO.—Cuando la pena es honda,
y nos embarga el corazón entero,
mucho mas que las lágrimas de sal,
la miel de una canción nos da consuelo.

DOÑA SOL.—(Con afectuosa solicitud)
¡Pero qué pena tan profunda es la vuestra,
mis dulces compañeras!

CARMEN.—La de vivir, muriendo en tierra extraña.

ROSARIO.—El no tener noticias de nuestra anciana madre,
y casi la certeza
de no volver a ver a los seres queridos
y el caserón antiguo
de los primeros juegos y los primeros sueños!

CONSUELO.—La de ver a nuestros hermanos expuestos a morir
en manos de salvajes,
sin gloria, en suelo extraño.

Doña Sol, que ha nacido en América y que encarna el numen de la raza que habría de poblar nuestro continente, no alcanza a comprender el dolor de sus amigas españolas; ella siente toda la grandeza y la hermosura de este rincón del mundo y él le parece escenario propicio para que actúen hombres más buenos y más fuertes que sus contemporáneos; hombres que se darán cita en las fértiles llanuras de la pampa, venidos de todos los pueblos de la tierra, para crear naciones nuevas donde todos vivirán para la felicidad de todos. La noble mujer se exalta en el amor hacia la tierra nativa y un tono himnico anima sus versos:

DOÑA SOL.—(Soprano)

Yo amo las dulces riberas
del Paraná Guazú,
rio que late en América
como un corazón azul!...
¡Oh bellas playas tendidas
a los cuatro vientos de la Humanidad!
Brazos amorosos ofreciendo al mundo el olvido y
la paz.
A los hombres tristes
de allende el océano

que sufren sin fe.
A los pueblos cansados
de guerra y vejez,
Tú les das un mar dulce
que azula sus penas.
¡Tierra de América!
Bandera de amor y fe,
la sal del oceano se endulza a tus pies...
Oh, las doradas riberas
del Paraná Guazú!...

ESCENA III

La plática de las jóvenes es interrumpida por la llegada de Don Fernando, el Gobernador, que viene seguido de su sobrino, Don Rodrigo, y de otros oficiales españoles, que regresan de combatir a los indios. Con ellos llega, también, un grupo de mujeres entonando, como todos, el himno que ya se oyó en el Prólogo. En el ambiente de la escena reina la alegría originada por la rotunda victoria alcanzada sobre los adversarios. El héroe de esa victoria ha sido Don Rodrigo, cuyos actos heroicos exalta el Gobernador. Doña Sol, ajena a esta alegría, pues no comparte la embriaguez bélica de los demás, se limita, tan solo, a interrogar a su padre sobre si hay que lamentar alguna baja en el ejército español. Renovando su entusiasmo guerrero, el Gobernador la entera de que no han tenido bajas en sus filas, a pesar de la forma en que se ha batido a los indígenas. A estas horas, dice, centenares de mujeres indias llorarán en sus tiendas, la muerte de sus queridos hombres.

Doña Sol, conmovida por el trágico destino de la raza aborígen, a la que profesa natural simpatía, le reprocha a su padre que él, así como los demás españoles, no comprenda cuán humana y cuán lógica es la posición de los indígenas, al defender su tierra contra los invasores. Valientemente, le manifiesta que encuentra equivocados los procedimientos de conquista que ellos ponen en práctica, que no son los del acercamiento amistoso, sino los de la prepotencia y del exterminio.

Don Fernando, que al principio se indigna, al ver que su hija no sólo no comparte el entusiasmo de la victoria, sino que justifica la rebeldía de los indios, termina, al fin, por no

darle mportancia a las palabras de una mujer, como buen español del Siglo XVIII. Corta, pues, la discusión, y le ordena que rinda homenaje a su primo Don Rodrigo, con el cual ha resuelto desposarla. Ella obedece, fríamente, contrastando su actitud con el júbilo que esta noticia provoca en Don Rodrigo. El coro comparte, también, el regocijo de su capitán y felicita a la noble pareja. Aunque a ella la decisión paterna le causa profunda pena, sabe disimularla, pues no ignora que su padre acostumbra a dar a sus resoluciones carácter de irrevocables.

Don Rodrigo, en el colmo de la dicha, canta, en estos versos, su amor a Doña Sol:

DON RODRIGO.—(Barítono).

¡Oh dulce premio, al par que innmerecido
y que acepto temblando!
Yo que jamás temí en luchas reñidas,
hoy te hablo llorando...
Fuiste la dulce amiga de mi infancia
y mi secreto y juvenil amor;
por ti brilló mi espada en cien combates
con honor.
Para mi corazón fuiste latido
y luz en mi camino;
para dártela a ti, busqué la Gloria
pues eras mi destino.

Terminada la romanza, el Gobernador bendice a su hija y luego se retira, seguido de todos, menos de Doña Sol y de Lola. Una vez solas ambas mujeres, la atribulada joven se echa a llorar en brazos de su dama de compañía. Esta se asombra de que Doña Sol exteriorice con lágrimas su felicidad, pero la joven le abre su corazón y le confiesa que no ama a Don Rodrigo, pues ya hace tiempo que vive en su pecho la imagen de otro hombre. Ella sabe que los separan prejuicios de raza, pero, talvez por eso mismo, lo adora, como si experimentara la necesidad de compensarlo del desprecio de que es objeto, por parte de todos, por su condición de criollo. Ella nunca ha hablado con él, pero, sin embargo, lo ama desde que lo vió, presintiendo que había en él un alma grande y desdicha-

da, un corazón sangrando el dolor de ser extranjero en su propia tierra.

Y así, en estos versos, se lo describe a Lola:

DOÑA SOL.—Tarde a tarde lo veo vagando solitario
por la playa desierta;
yo no sé si lo miro, pero se que lo veo
con unos ojos que no son los míos...
y siento su mirada colmarme el corazón.
Cuando oigo su canción, comprendo que es muy no-
[ble y desdichado;
un alma que anda siempre perdida por el cielo.
Su voz lejana me recuerda algo que no he vivido
[todavía...
Y espero... y desespero
como si me alumbrara una luz
que se ve en los sueños.
Yo siento que para él el mundo es muy pequeño,
que a su lado es vana toda gloria...
y tan humilde es en su grandeza,
que parece ignorarla.
Yo lo siento lejano,
casi ausente,
a la misma distancia en que se encuentran
aquellos caballeros
que aprendimos a amar cuando pequeñas
en libros candorosos de leyendas.

Cuando Doña Sol termina su confidencia, se escucha, como si fuera el eco de su propio corazón, la voz de José Luis. Ambas mujeres se aproximan, en silencio, a la reja y miran pasar, a través de ella, idealizada por la contraluz del poniente, la silueta del criollo. Pasa, como todos los atardeceres, por la orilla desierta del Río, diluyendo su pena en esta melancólica canción:

JOSE LUIS.—(Tenor)

Este río que recoge mi plegaria
pasa llorando estrellas de la ausencia;
va como idealizando una dolencia
de nostalgia celeste y milenaria.

Nace la luna en las aguas
del Paraná Guazú;
así como en mi adolescencia apareciste tú.

Subiendo el astro pulió
el mar de azul;
así tu luz afinó mi juventud.

Creció a orillas del río mi corazón
y al borde de tu imagen esta canción.

Mi luna está presente
y está ausente
como tu luna
mi Paraná Guazú.

Yo sufro de ausencias como tú,
¡Oh Paraná, mi Paraná Guazú!

Y mientras se extingue la última nota del canto, cae, lentamente, el telón.

(Fin del Acto II)

TERCER ACTO

INTERLUDIO PLÁSTICO

Es de noche. La purísima luz de la luna,
se refleja en las tranquilas aguas del río.
Aún está lejana el alba.

Cuando en la escena III comience a despuntar el día, una frescura de aurora besará los campos florecidos.

ESCENA I

Personajes: el Río y la Luna (internos)

EL RÍO.—(Tenor)

(Armonizado con coro de voces solas)

Es reflejar siempre tu imagen
mi destino;
¡Oh, triste amor, amor de ausencia
sin camino.

LA LUNA.—(Soprano)

(Idem)

Yo estoy en ti, y no contigo:
dulce pena
Este es mi amor que no se alcanza:
luz eterna

ESCENA II

(José Luis, solo)

JOSE LUIS.—Yo velo en el río, porque mi amor no duerme
En tanto a ti tus sueños te llevan a una estrella.
Si yo contigo fuera a vagar a esa estrella
La misma que retienes, cautiva, en tu mirada
Mi alma, entonces, sería en tu tarde lucero.
Flauta triste del viento que endulzó tu pinar dor-
[mido;
Fino cantar de un ave que ya encontró tu oído.
La brisa vagabunda que juega en tu sendero.

Yo velo con el río ausente de su luna
Tan bella y tan lejana
Que se parece a ti.

José Luis hace mutis; en tanto, la escena se aclara, simulando el despuntar del alba.

ESCENA III

Grupos de paisanas y paisanos, aparecen bulliciosamente en la escena; vienen a celebrar una fiesta campestre, con motivo del compromiso entre Doña Sol y Don Rodrigo. Algunos cantan coplas, con aire de zambas y otros danzan.

MUJERES Y HOMBRES.—(A coro)

Por las lomas doradas
Por los campos en flor
La mañana sonríe
Con un beso de sol.

MUJERES.—(A coro)

Mañanita que alegras
Al espino y la flor
Al que tiene amor lejos
Tú no alegras, ¡ay! no.

HOMBRES.—(A coro)

Mañanita que puedes
Aliviar un dolor
Sólo penas de amores
¡Ay! no alivias, ¡ay! no.

MUJERES Y HOMBRES.—(A coro)

¡Ay! no esperes que nadie
Esta pena consuele
Consolar al amor
El amor sólo puede.

Se escucha, ahora, la música del pericón, que las bailarinas bailan sin formar ruedas, ni ejecutar las figuras usuales, ya que se trata de interpretar esta danza en su forma primitiva.

Y mientras los bailarines se entregan al pericón, los coristas cantan:

HOMBRES.—(A coro)

Agua fresca tiene el río
Pero más dulce es la mía:
mana de tu corazón!...

SOPRANO.—(Solo)

Soy un rayo de la aurora,
El que te besa primero.
Soy tu ardor cuando combates,
Soy el temple de tu acero,
Y si vagas por las noches
Soy la luz de tu lucero.

MUJERES.—(A coro)

Agua pura tiene el río
Pero más fresca es la mía:
mana de tu corazón!...

TODOS.—(A coro)

El que nunca sufrió de amor
No sabe lo que es placer.

MUJERES.—(A coro).

Será mi amor
La llama azul
Que encenderé
Con mi pasión.
Y mi humildad
De ti, no más,
Ese fulgor
Siempre será!...

HOMBRES.—(A coro)

Mi alma entera
Se ilumina
De su fulgor.
Si perdiera tu luz
Ni la mía tendré!...

Al terminarse de cantar y de bailar el pericón, todos los personajes que están en la escena se adelantan, dando al conjunto un valor plástico apropiado, mientras a coro cantan estos versos, sobre los que caerá el telón:

ORO.—Es amor,
mas que una danza,
el pericón!...

(Fin del Acto III)

ACTO IV

Sala de la casa del Gobernador; ambiente de intimidad. — La escena estará representada en distintos planos: el más elevado será idílico y místico y en él actuarán Doña Sol y José Luis, y, al final del acto, el Gobernador. En el menos elevado actuará, al principio, el Gobernador y en el plano intermedio, los demás personajes.—El plano superior estará próximo a un gran ventanal y a través de él se verá primero, el cielo en poniente y, luego, el avance de la noche con sus primeras estrellas.—En el plano en que actuará el Gobernador se deberá destacar un gran cortinado con franjas rojas, amarillas y negras, que harán fondo a símbolos heráldi-

cos. En los muros deberán lucir panoplias, y armeros antiguos, intercalados con retratos de antepasados.—Cerca de una amplia mesa-escritorio, habrá un sillón de brazos, de alto respaldar, donde estará grabado el escudo familiar.

Además de estos elementos, el escenógrafo podrá colocar otros que crea necesarios para mejor sugerir la psicología de este personaje.

ESCENA I

Doña Sol acompañada de las mujeres de la casa

Al alzarse el telón, Doña Sol, rodeada de todas las mujeres de la casa, estará rezando con el fin de pedir a Dios que preserve de la muerte a los hombres que en esos momentos están combatiendo con los indios. La oración que cantan es el Ave - María. En esta escena Doña Sol actuará en el plano místico; es decir: estará aislada de las demás mujeres, como está separada la verdadera religión de la superstición.

ESCENA II

Dichos y el Gobernador

El Gobernador anuncia que Don Rodrigo ha llegado herido a la casa y el Coro acude a la habitación a que ha sido llevado. Una vez solos Don Fernando y su hija, aquel le cuenta que don Rodrigo fué salvado gracias al valor y a la osadía de un criollo. Este, que no es otro que José Luis, el cual, encontrándose en el lugar de la batalla y viendo a su rival en peligro, a pesar de su odio hacia los dominadores de su patria, interviene en la lucha para salvarlo, porque así creía su generoso corazón evitar una angustia a la mujer que tanto amaba.

Don Fernando está admirado del heroísmo de ese joven y conmovido, además, por la solicitud con que ha cuidado al herido, procediendo con él como con un hermano de armas. Lo

ha conducido hasta su propia habitación y hacia allí se dirige Doña Sol, extremadamente conmovida, en compañía de su padre.

ESCENA III

José Luis solo

Apenas penetra doña Sol en la habitación de Don Rodrigo, José Luis, por delicadeza, la abandona y entra en escena. Su alma está combatida por los más encontrados sentimientos; su ideal y su amor, son enemigos. El acto que ha cometido ese día, está en contradicción con lo único que aliena su vida: emancipar a América de España.

JOSÉ LUIS. — (Monólogo)

Pobre corazón perdido
Vives de lo que me mata
Porque mi pena insensata
Renace en cada latido.
Es vano pedirte olvido...
Si tú lo olvidas, me muero
Ya mi vida por entero
Perdió por su amor la calma
Solo un sueño tiene mi alma
Del que despertar no quiero.

ESCENA IV

Dichos y Doña Sol

Entra a escena Doña Sol, sin ser notada por José Luis, y lo contempla unos instantes con emoción. Pero como si un extraño fluído le anunciara a él la presencia de su amada, se vuelve y al verla por primera vez frente a él, su corazón se inclina y sus labios apenas pueden pronunciar trémulamente: “¡Señora!”

Doña Sol elogia su actitud y le comunica que está contenta porque su padre, en premio a su valor, ha resuelto darle un grado en el ejército español.

Al oír esta noticia, José Luis exclama: “¡Yo oficial español!”, en un tono que traduce los dos estados de su alma: el júbilo del amante, que gracias a esa categoría se ve encumbrar hacia la amada, y la protesta del hombre noble que no puede servir al tirano de su patria. Sin embargo, como en ese instante predominó más el enamorado que el idealista, un Coro interno que simboliza la voz de su propia conciencia, le recuerda, en esta vidalita, la belleza de su primera amante: la patria y la esclavitud en que yace.

CORO INTERNO

HOMBRES.—Llanura ondulada

MUJERES.—Vidalitá.

HOMBRES.—Bajo un ancho cielo
donde es libre el potro,

MUJERES.—Vidalitá.

HOMBRES.—El zorzal y el tero.

MUJERES.—Valles que repiten

HOMBRES.—Vidalitá.

MUJERES.—Ecos y silencios.

HOMBRES.—Vidalitá.

MUJERES.—Donde corren ríos
libres como el viento

HOMBRES.—Sólo los criollos

MUJERES.—Vidalitá.

HOMBRES.—Los que aquí nacieron
ay! la libertad!

MUJERES.—Vidalitá.

HOMBRES.—Nunca conocieron.

José Luis, como si sintiera, más que nunca, imperioso su dilema, exclama: “¡Pobre corazón perdido!”

Doña Sol ha permanecido completamente ajena a ese estado de alma del hombre que tiene frente a ella. Mientras en él hacía presa el tremendo conflicto interior, ella ha ido subiendo por el plano místico y desde allí parece invitar a que la siga el alma atormentada del hombre amado. Recuadrada por el ventanal, su blanca silueta parecerá apoyarse en el cielo, donde los últimos fulgores de la tarde nimbarán su cabeza.

Su voz, espiritualizada, dirá como en una oración:

DOÑA SOL.—Oh, serenidad...

Atardece

El lucero asoma

JOSE LUIS.—Ideal camino de paz

A DUO.—Hoy la tarde está cayendo
sobre mi corazón.

JOSE LUIS.—¡Todo calla!

Todo va a morir!

DOÑA SOL.—De nuevo renacerá.

A DUO.—Lo que en nosotros muere.
Nunca renacerá!

Este diálogo no quiere expresar ninguna interferencia. Cada personaje deja traslucir sus vibraciones anímicas, con la misma independencia con que dos pebeteros de distintos perfumes, sin mezclar sus volutas, formaran una aroma nueva. Sus espíritus no tienen interferencia objetiva, pero se advina que se van a confundir en un mismo plano super-real.

Una vez que José Luis ha cantado: “¡Lo que en nosotros muere, nunca renacerá!”, casi se va a insinuar la interferencia, pues Doña Sol parece haber escuchado el grito doloroso de José Luis y querer contestarle con este verso:

Lo que en el alma vive,
Es inmortal!

a lo que replica el melancólico amante:

No todo lo que está en el alma
Podemos alcanzar.

refiriéndose ya claramente a su más íntima tragedia; es decir: la de tenerla y no tenerla.

Es de inmediato Doña Sol la que en el fino vuelo de su espíritu, vuelve a arrastrar a sus almas, que están a punto de caer en las palabras que los limitaría, a la zona de las comunicaciones perfectas, mediante el lenguaje mágico en que todo apenas se dice, pero donde todo se sugiere.

Ella ha subido hasta lo más alto del plano místico y

desde allí, inclinando su cabeza hacia el río, casi como si la inclinara sobre su corazón, dice, readquiriendo su voz mística:

Todo el nocturno paisaje
Está brillando en el río.

José Luis se ha ido acercando a ella y también contempla el río que, a semejanza de su alma, tiene todo el firmamento y no lo puede alcanzar. Y dice:

Como el paisaje está en el claro río,
Jamás ausente ni presente nunca
Así en mi vida está lo que la anima
Así en mi alma está el sueño mío.

DOÑA SOL. — (En el mismo estado psicológico que José Luis)

Siente, también, mi vida la presencia
De lo que nunca alcanza el alma mía
La dulce pena de llevarla en mí
La triste pena de su lejanía.

JOSE LUIS. — ¡Cómo señora:
También vos sabeis
lo que es esperar
sin esperanza?...

Luego, asombrado de haber podido creer, por un instante, que esa criatura que reúne, para él, todo cuanto tiene el mundo de bello, de grande y de puro, pueda experimentar sentimientos semejantes a los suyos, cambia de tono y agrega, humildemente:

JOSE LUIS. — ¡Perdón, señora:
¿Cómo pude creer que vos sufrierais
como las almas sin ventura sufren?
Sufre el humilde que a soñar se atreve
no quien más bella que los sueños es.

Doña Sol, con una fineza propia de su feminidad exquisita, lo coloca a su nivel, estableciendo con ese hombre a quien ama y que hasta hace un instante era un desconocido, una corriente de íntima amistad. Y lo hace con esta confianza de conmovedora sencillez:

DOÑA SOL.—Yo sufro como vos

JOSE LUIS.—Pero si sois la dicha!!!

DOÑA SOL.—Yo sufro como vos.

JOSE LUIS.—¡Si sois una esperanza que ya encontró su forma!

DOÑA SOL.—¡Yo sufro como vos!!!

JOSE LUIS.—Tenéis patria!

Tenéis amor!

DOÑA SOL.—Quiero una patria más grande.

¡Sueño un amor imposible!

Cuando ya todo, casi, estaba dicho entre ellos, con esa fuerza expresiva que tienen las palabras que se callan, la comunión de sus almas es interrumpida por la llegada del Gobernador.

ESCENA FINAL

Dichos y El Gobernador

(Los personajes actuarán en el plano más bajo, el dramático, al principio de la escena, para elevarse insensiblemente hasta el plano espiritual, al finalizar el acto).

Don Fernando se alegra de encontrar al criollo para poder agradecerle personalmente su heroica acción y enterarlo, de paso, de que piensa otorgarle un grado honorífico en el ejército español. Pero su estupor no tiene límites al oír de labios de José Luis que éste declina tal honor y al pedirle una explicación sobre ello, aumenta su asombro al enterarse de que la única ambición del noble joven, es la de emancipar a América de España.

DON FERNANDO. — No entiendo, joven,
vuestro extraño lenguaje.

JOSE LUIS. — Para entender el sueño de mi vida
preciso fuera, ¡oh noble caballero!
que os sintierais en vuestra propia tierra,
humillado extranjero.

DOÑA SOL. — (Aparte)
¡Humillado por todos,
pero amado por mí!

DON FERNANDO. — Vuestro extraño lenguaje
aún no entiendo
o no debo entender.

Porque preciso es que yo no olvide
que a un campeón español,
que es sangre mía,
hoy la vida salvasteis.

JOSE LUIS. — Si lo salvé señor, no fué por él
ni por daros victoria;
mi ánimo, tan sólo, fué movido
a evitar que se empañen esos ojos
(señala a Doña Sol)
la muerte de su novio lamentando.

¡Os ruego, pues, que no me estéis agradecido!

DOÑA SOL. — ¡Que noble es, Dios mío!

DON FERNANDO. — Aunque lamento vuestro desvarío,
que a tal absurdo sueño os conduce,
vuestra hidalguía admiro.

Libre os dejo marchar
pues la esperanza aliento
de que habréis de volver de vuestro error.

JOSE LUIS. — Señor: error jamás ha sido soñar la libertad!

DON FERNANDO. — ¡La libertad?

¡Insolente palabra en boca de un súbdito!

JOSE LUIS. — ¡La libertad!

¡Santa palabra en boca del pueblo!

Me iré...

Las lomas y los valles de mi tierra
que no a súbditos nutren,
sino a centauros fieros,
esperan mi mensaje libertario!...

(Como arrebatado por la visión revolucionaria)

El cielo americano
en arco de triunfo está curvado,
sobre los firmes y salvajes montes...

Así lo veo yo
como esperando
a los jinetes de la libertad!...

Blanden delgadas lanzas,
flotan melenas nazarenas
que el pampero despeina!...

Vados le abren los ríos
para dar paso al galopar sonoro...
¡América despierta, es ya su hora!...

Me voy!... ¡Adiós, Doña Sol!...

DON FERNANDO. — (Requiriendo la espada):

¡Ahora no, deteneos!

Al ver en peligro de muerte al hombre a quien ama, Doña Sol, en un arranque incontenible, grita: “¡José Luis!” y se arroja en sus brazos para escudarlo con su cuerpo.

Don Fernando deja caer la espada de su mano, como si con ella cayera toda su soberbia. Los mismos retratos de familia parecen ruborizarse y se dijera que los blasones que decoran muebles y cortinados, se obscurecen. Don Fernando ya no es el mismo hombre; su vida hecha de palabras sonoras y de rígido empaque, acaba de desmoronarse ante la brecha que ha abierto un dolor profundamente humano, que lo iguala a los demás hombres. Desaparece el Gobernador y aparece el padre; sólo atina a exclamar: “¡Hija mía!” y hay en ese grito, más que reproche, ruego. — “¡Padre, lo amo!” dice Doña Sol, como única justificación.

“Señor, Señor, qué deshonra!” repite el noble anciano y luego, vibrando en su voz un sollozo que un resto de grandeza le impide desahogar, hace un llamado a la piedad de su hija:

DON FERNANDO. — Ten piedad de tu padre,
Ten piedad de tí misma
Por el honor que vivimos
Y sin honra tú me matas.
Hablas de amor, egoísta.
y ultrajas mi cariño.
La santa imagen de tu madre evoca
y el noble hogar donde te amamos tanto
y vas a deshonorar!

JOSE LUIS. — (Separándose de Doña Luz conmovido por la tragedia del anciano, que le hace comprender la situación irremediable en que los coloca la realidad).

Los sueños son tan sólo para ser soñados
y he despertado ya;
aunque idéntico era nuestro sueño,
distinta realidad hoy nos separa:
a mí el honor me llama
a luchar al desierto...
... como a vos el hogar!

DON SOL. — ¡Quisiera morir! (Solloza).
(Acercándose a su padre):
¡Ay, no puedo más!

DON FERNANDO. — (Abrazándola conmovido):
¡Hija mía!

JOSE LUIS. — ¡Oh fatalidad!

DON SOL. — ¡Me pesa el corazón!

JOSE LUIS y DOÑA SOL. — (A dúo):

“Ahora yo iré hacia tí,
tú no vendrás a mí.”

JOSE LUIS. — ¡Adiós!

DOÑA SOL. — ¡Mi vida va contigo!

JOSE LUIS. — ¡Adiós!

DON FERNANDO.—Tu alma eleva hacia Dios.

DOÑA SOL y JOSE LUIS. — (A dúo):

Tal vez me esperes sin esperarme,
como yo a tí.

Y con la sublime esperanza del triunfo del amor y de
la libertad, termina el poema.





VICENTE ASCONE

A. Vila & C^{ia} Impresores
Cerrito, 680 Montevideo